

ARTÍCULO DE INVESTIGACIÓN

Geografía de lo vivido: hacia una relectura crítica del urbanismo contemporáneo y sus instrumentos para analizar la cotidianidad

 **Antonia María Fernández García**
Universidad de Jaén, España
anfernan@ujaen.es
ORCID: 0009-0005-1076-7883

 **Gustavo Antonio Segura Lazcano**
Universidad Autónoma del Estado de México, México
gustavoseguralazcano3@gmail.com
ORCID: 0000-0002-1038-7806

Doi: 10.36677/qret.v28i2.27582

Resumen: Este artículo de reflexión teórica propone un marco analítico para el estudio de la cotidianidad urbana contemporánea, articulando los enfoques críticos de Lefebvre, Harvey y de Certeau con herramientas como la Inteligencia Artificial Geosidencial (GeoAI), el Big Data geoespacial y la etnografía digital. Frente a las lecturas urbanísticas tradicionales centradas en determinaciones económicas macrosociales, se reivindica la agencia de los habitantes y sus “artes de hacer” como fuerzas que resignifican el espacio planificado. La ciudad del siglo XXI es concebida como un proceso ininterrumpido de construcción social; un híbrido donde lo físico y lo digital se fusionan, reconfigurando identidades, flujos y formas de segregación. Metodológicamente, se defiende una ecología plural que triangule datos masivos con narrativas situadas y cartografías participativas, con el fin de visibilizar las “geografías de lo vivido”, los afectos y las microrresistencias que desafían la lógica mercantilizadora del neoliberalismo urbano.

Palabras clave: geografía, urbanismo, cotidianidad, comunidad.

Recepción: 10 de febrero, 2026

Aceptación: 28 de abril, 2026



RESEARCH SCIENTIFIC ARTICLES

Geography of lived experience: Towards a critical rereading of contemporary urbanism and its instruments for analyzing everyday life

 **Antonia María Fernández García**
Universidad de Jaén, España
anfernan@ujaen.es
ORCID: 0009-0005-1076-7883

 **Gustavo Antonio Segura Lazcano**
Universidad Autónoma del Estado de México, México
gustavoseguralazcano3@gmail.com
ORCID: 0000-0002-1038-7806

Doi: 10.36677/qret.v28i2.27582

Abstract: This theoretical reflection paper proposes a framework for the study of contemporary urban everyday life, articulating the critical approaches of Lefebvre, Harvey, and de Certeau with innovative tools such as GeoAI, geospatial Big Data, and digital ethnography. Contrary to macro-social urban readings centered on economic determinants, this study reclaims the agency of inhabitants and their “arts of making” as forces that redefine planned space. The 21st-century city is conceived as an uninterrupted process of social construction—a hybrid where the physical and digital realms merge, reconfiguring identities, flows, and forms of segregation. Methodologically, the article advocates for a plural ecology that triangulates massive data with situated narratives and participatory cartographies, making visible the “geographies of the lived,” affects, and micro-resistances that challenge the commodifying logic of urban neoliberalism.

Keywords: geography, urbanism, everyday life, community

*La gente construye la casa para vivir en ella
y la gente funda la ciudad para salir de la casa
y encontrarse con otros que también han salido de la suya.*

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Introducción

Durante el último siglo, los estudios urbanos han estado dominados por marcos teóricos macroestructurales que, si bien han resultado útiles para comprender las lógicas acumulativas del capitalismo avanzado y sus impactos, el crecimiento y transformación de las metrópolis, frecuentemente han oscurecido la dimensión microscópica de la experiencia y vida ciudadana. Frente a los grandes relatos sobre la ciudad global, la gentrificación o los flujos transnacionales, este artículo de reflexión, crítica del urbanismo contemporáneo, propone un giro analítico y metodológico hacia lo cotidiano que motiva a explorar la vida urbana con nuevos recursos técnicos que hacen posible conocer las formas y los modos en que los ciudadanos habitan, significan y resuelven su día a día en el entramado urbano. El argumento central del trabajo responde a la pertinencia de una visión alternativa que priorice la geografía de lo vivido por encima de las abstracciones del urbanismo convencional.

A nivel teórico, se articulan las vertientes analíticas consolidadas en el pensamiento urbano contemporáneo sobre la ciudad digital con los planteamientos clásicos de la crítica sociológica de Henri Lefebvre (2013; 2017), los desarrollos de la economía política urbana en la obra de David Harvey (2008; 2013), las contribuciones provenientes de la geografía humana y los estudios sobre el habitar de Michel de Certeau (1999). Lejos de pretender una refutación de estas aproximaciones, se fortalece y amplía su campo de visión incorporando literatura reciente.

Se busca desplazar la mirada de las determinaciones económicas y políticas hacia las formas de agencia que despliegan los habitantes en la vida cotidiana. Interesan los mapas cognitivos que orientan el transitar urbano y los modos de apropiación informal del espacio en los intersticios de la ciudad planificada. En asuntos aparentemente menores como: reposar

en el banco del parque, negociar en la tienda de barrio o transitar las calles con rumbo a casa es donde se revela la contextura, efectivamente vivida, de nuestras grandes y pequeñas ciudades.

En el contexto de los avances tecnológicos que dominan el siglo XXI, los estudios urbanos se han enriquecido por la mediatización de la experiencia urbana. La publicidad exterior y, de manera cada vez más relevante, las redes sociales reconfiguran los comportamientos espaciales. Esta transformación introduce una capa adicional de complejidad, en la que lo físico y lo digital se alternan y fusionan bajo las prácticas y experiencias ciudadanas cotidianas como sugieren Ash *et al.* (2018) o Kitchin (2014). Actualmente, es posible explorar cómo las lógicas de consumo cultural y visibilidad alteran los itinerarios, homogeneizan las agendas, generando nuevas formas de integración y segregación social (Biferale *et al.*, 2024). La vida cotidiana se revela como el ámbito por excelencia donde el peso de las grandes estructuras se vuelve verificable: es en sus dinámicas concretas donde dichas estructuras son constantemente reinterpretadas, resistidas o transformadas desde la base.

A partir de dichas premisas, la estructura del artículo se organiza en torno a una matriz analítico-conceptual multidimensional (cuadro 1) concebida para superar la dicotomía entre lo físico y lo social. El planteamiento se despliega a través de cuatro vectores interrelacionados:

1. La ontología del habitar como espacio de resistencia.
2. La subjetividad territorial y las topografías del afecto.
3. Los procesos de hibridación sociotécnica.
4. Las convergencias entre la etnografía urbana y la Inteligencia Artificial Geográfica (GeoAI)

Estos vectores no operan de manera aislada, sino que convergen en una interpretación de la ciudad actual entendida no como una entidad estática o un mero soporte físico, sino como un proceso continuo e ininterrumpido de construcción social. Desde esta óptica, la agencia humana resignifica constantemente y, a menudo, contradice las lógicas macroestructurales que pretenden organizar la vida humana.

Cuadro 1. Dimensiones y herramientas metodológicas de la geografía de lo vivido



Fuente: Elaboración propia.

Metodología

El presente trabajo se desarrolla bajo un enfoque cualitativo de alcance teórico-interpretativo. Su objetivo central es proponer un marco de análisis para el estudio de la cotidianidad urbana en la era digital. Lejos de la experimentación empírica directa, la metodología adoptada se centra en la construcción de una síntesis conceptual. Para esto, se ha optado por un diseño de revisión crítica de la literatura, estructurado en tres niveles de análisis que garantizan la solidez bibliográfica del argumento:

- **Nivel genético-conceptual:** revisión de las categorías fundamentales de la geografía crítica y la sociología del habitar (Lefebvre, Harvey, De Certeau).

- **Nivel de actualización tecnológica:** análisis de literatura científica reciente (2015-2025) publicada en bases de datos como Scopus y WoS, centrada en GeoAI, Big Data geoespacial y geografía digital.
- **Nivel de análisis empírico:** selección de algunos casos referenciales documentados en la literatura académica en diversas ciudades del mundo para ejemplificar la aplicabilidad del modelo propuesto.

El procedimiento consistió en la triangulación teórica de los vectores identificados en la introducción. Mediante análisis de contenido, se extrajeron las dimensiones clave de la “ciudad híbrida” y se sistematizaron en una matriz analítica conceptual (véase cuadro 1 y 2). Este método permite transitar de la abstracción teórica a criterios metodológicos operacionalizables en futuras investigaciones, al tiempo que identifica tanto las herramientas emergentes para el estudio de la cotidianidad como los desafíos éticos y epistemológicos (vigilancia, privatización de datos y segregación algorítmica) que su implementación conlleva.

Con el fin de superar el sesgo inherente a la teoría clásica, la validez de la propuesta se fundamenta en un contraste sistemático: enfrenta las “artes de hacer” tradicionales a las nuevas formas de mediatización del comportamiento urbano. Este procedimiento garantiza que el marco analítico resultante esté a la altura de la complejidad técnica y social que caracteriza a las metrópolis contemporáneas.

Instrumentos y enfoques del nuevo urbanismo

Los estudios sobre la vida cotidiana en las ciudades están siendo objeto de una transformación radical debido a la convergencia de nuevas tecnologías, marcos teóricos y metodologías híbridas. El enfoque deductivo, basado en hipótesis generales, es complementado a través de metodologías inductivas que parten de la observación directa de las prácticas sociales. El nuevo paradigma de investigación urbana trasciende el análisis de las formas espaciales para capturar la lógica interna de la ciudad, sus usos sociales, los flujos de personas, las dinámicas de intercambio y las experiencias subjetivas de sus habitantes.

El estudio de la vida cotidiana en la ciudad contemporánea exige un dispositivo metodológico que aprende sus dimensiones tangibles y sus estratos más elusivos. Lejos de constituir un repertorio de técnicas inconexas, los instrumentos que a continuación se presentan configuran un entramado analítico donde convergen tradiciones disciplinares diversas —desde la

etnografía clásica hasta la ciencia de datos geoespaciales—. Su objetivo común es hacer legibles los procesos cotidianos mediante los cuales los habitantes producen y resignifican el espacio urbano.

Sin duda la observación etnográfica constituye la matriz fundacional de este enfoque. Su potencia no reside en la mera descripción, sino en su capacidad para documentar aquello que Michel de Certeau (1999) denominara las “artes de hacer”, esos gestos mínimos, rutinas y tácticas de apropiación mediante los cuales los sujetos transforman el espacio impuesto en lugar habitado. Al centrarse en la duración y la proximidad, este método captura dimensiones fundamentales como son: la confianza vecinal, la familiaridad con el entorno y las geografías emocionales del cuidado, que en los hechos resultan irreductibles a cualquier métrica. Su productividad analítica se verifica en investigaciones en torno a las dinámicas de sociabilidad en mercados populares, los recorridos femeninos asociados a la reproducción doméstica o las actividades rutinarias en plazas públicas, donde lo intangible adquiere densidad empírica. En la actualidad, esta práctica se extiende hacia la etnografía digital (Pink, 2023), permitiendo documentar cómo los habitantes interactúan con sus entornos a través de dispositivos móviles y redes sociales, capturando dimensiones sensoriales y emocionales que las métricas cuantitativas suelen ignorar.

Paralelamente, el desarrollo de los Sistemas de Información Geográfica (SIG) ha permitido espacializar los fenómenos sociales con un rigor hasta hace poco reservado a las ciencias naturales. La contribución fundamental de estos instrumentos reside en la capacidad de superponer capas heterogéneas de información como: indicadores censales, datos ambientales y percepciones subjetivas, para revelar correlaciones espaciales y patrones de desigualdad territorial. Lejos de agotarse en una función descriptiva, los SIG operan como herramientas de diagnóstico crítico al visualizar, por ejemplo, la distribución inequitativa del arbolado urbano o el acceso diferencial a equipamientos públicos según el nivel socioeconómico de los barrios, lo cual constituye ya una forma de intervención en el debate sobre el derecho a la ciudad (Harvey, 2013).

La revolución del Big Data geoespacial ha desplazado la mirada de la urbe como una fotografía fija hacia la ciudad como flujo incesante. El procesamiento de volúmenes masivos de datos con componente locacional, provenientes de sensores de tráfico, geoposicionamiento de dispositivos móviles, transacciones bancarias o redes sociales georreferenciadas, permite actualmente identificar patrones de movilidad, concentraciones temporales

y ritmos urbanos a escalas antes inabordables. Plataformas como Google Maps o Uber Movement, partiendo de datos agregados y anonimizados, ofrecen actualmente una ventana privilegiada para comprender los flujos cotidianos, orígenes, motivos y destino de los desplazamientos, los puntos de congestión recurrente y la eficiencia efectiva de las redes de transporte (Kitchin, 2014). No obstante, su potencial analítico y su uso recurrente comporta desafíos éticos de primer orden debido a la opacidad de los algoritmos, la propiedad privada de los datos generados colectivamente y los riesgos de vigilancia territorial que exigen permanentemente una revisión epistemológica (Baresi, 2025)

El salto cualitativo deriva de la irrupción de la GeoAI o Inteligencia Artificial Geoespacial. Como sostiene Batty (2018), esta tecnología al integrar algoritmos de aprendizaje automático con bases de datos espaciales permite adentrarse en el terreno de la predicción de escenarios y el reconocimiento de patrones complejos. Redes neuronales entrenadas con imágenes satelitales históricas permiten identificar automáticamente procesos de transformación urbana como son los cambios en el uso del suelo, algunos signos tempranos de gentrificación, la expansión de los asentamientos informales y otras dinámicas urbanas importantes, con una precisión y escala inalcanzables para la observación humana directa. En el plano de la vida cotidiana, los modelos hoy permiten anticipar los efectos e impactos que tendría la realización de un nuevo proyecto urbano, como sería una nueva infraestructura ciclista y la manera en que la misma podría reconfigurar los patrones de desplazamiento y al mismo tiempo predecir las áreas de potencial conflicto vecinal a partir de la combinación de variables urbanísticas y sociales.

Las simulaciones computacionales basadas en agentes ofrecen un entorno controlado para experimentar con escenarios de política urbana, evitando así los costes y las irreversibilidades de la intervención real. Estos modelos crean mundos virtuales donde entidades digitales —que representan habitantes, vehículos y peatones— interactúan según reglas predefinidas. Esto permite observar de manera sistémica cómo emergen fenómenos macroscópicos a partir de millones de decisiones microcotidianas, tales como congestiones viales, dinámicas de segregación residencial o patrones de uso del espacio público. Su utilidad para el urbanismo metropolitano abarca desde la planificación de evacuaciones ante emergencias hasta la simulación del impacto de peatonalizaciones sobre el comercio local o la propagación de epidemias en entornos densamente poblados.

Frente a estas tecnologías de captura masiva, las cartografías participativas reintroducen la agencia del habitante como productor legítimo de conocimiento territorial. Esta metodología, emparentada con las tradiciones del urbanismo social y la investigación-acción, convoca a los ciudadanos a dibujar o digitalizar sus propias geografías, los recorridos significativos, los lugares de memoria, las fronteras invisibles, las percepciones de inseguridad o bienestar. El resultado por lo general son mapas subjetivos que frecuentemente contradicen la cartografía oficial, revelando una “ciudad vivida” que escapa a las representaciones técnico-administrativas. Al respecto la experiencia de la ciudad de Medellín en Colombia resulta paradigmática. Los ejercicios de mapeo colectivo en las comunas permitieron identificar necesidades reales de conectividad que posteriormente dieron lugar a intervenciones icónicas como los metrocables y las escaleras eléctricas (Brand y Dávila, 2011), invirtiendo la lógica tradicional del planeamiento descendente.

En una línea afín, la Investigación-Acción Participativa (IAP) trasciende el nivel diagnóstico para integrarse en un ciclo continuo de intervención y reflexión crítica. Su materialización más visible, en el campo urbano contemporáneo, es el denominado urbanismo táctico que promueve las intervenciones de bajo coste y rápida ejecución. Ejemplos de ello serían pintar un cruce peatonal, instalar mobiliario temporal o habilitar huertos comunitarios, acciones simples que funcionan como prototipos para ensayar transformaciones progresivas y mayores del espacio público. En estos menesteres, la investigación no constituye una fase previa, sino que se despliega de manera inmanente a la acción, antes, durante y después de la intervención. Igualmente se evalúa su impacto sobre los usos del espacio, las interacciones sociales y la percepción colectiva del entorno. La ciudad deviene así en laboratorio vivo donde teoría y práctica se unifican en un diálogo continuo incesante.

Completa el panorama metodológico la proliferación de redes de sensores IoT incrustadas en la infraestructura urbana como en la ciudad de Seúl que monitoriza las islas de calor y en Singapur la gestión del tráfico y el seguimiento de residuos forman parte de sus tácticas de planificación. Farolas, bancos, contenedores y semáforos equipados con dispositivos de medición, generan flujos continuos de datos sobre contaminación atmosférica, niveles de ruido, ocupación del espacio público o intensidad de tráfico. Esta “ciudad monitoreada” revela los ritmos ocultos de la urbe, sus pulsaciones horarias, sus umbrales de saturación, sus gradientes ambientales, con un nivel de exactitud sin precedentes. Sin embargo, su despliegue

no puede desvincularse de un examen crítico sobre la gobernanza de los datos, motivando cuestionamientos relevantes, en torno a ¿quién controla la infraestructura?, ¿con qué fines se procesa la información? y ¿cómo se distribuyen los beneficios? Todas ellas, preguntas que interpelan directamente la dimensión política de la tecnología urbana actual.

La síntesis metodológica basada en enfoques mixtos e híbridos no reside, paradójicamente, en ninguno de los instrumentos en particular antes mencionados, sino más bien en su articulación estratégica. El verdadero potencial analítico emerge entonces de la triangulación es decir de contrastar los patrones de movilidad revelados por el Big Data con las narrativas obtenidas en grupos focales; validar las hipótesis de un modelo de simulación mediante observación etnográfica; someter las predicciones de la GeoAI a la verificación situada de las cartografías participativas. El trabajo inter y transdisciplinar permite, desde esta perspectiva, capturar de mejor manera la complejidad de la vida cotidiana urbana integrando la escala macro asociada a los flujos sistémicos, con la escala micro de la decisión personal y experiencia encarnada (Mlejnek y Lütke, 2023).

Es así como los estudios contemporáneos en torno a la cotidianidad urbana no dependen de una técnica privilegiada, sino más bien de una ecología metodológica capaz de articular el rigor del dato masivo con la densidad de las narrativas situadas. Solo desde esta pluralidad de miradas es posible restituir la ciudad y la acción urbana a sus verdaderos protagonistas, los habitantes que, en sus desplazamientos frecuentes, sus pausas y sus tácticas de apropiación, tejen, ininterrumpidamente, la trama vivida del espacio urbano.

Esta lista de metodologías y herramientas revela que el estudio de la cotidianidad urbana no depende hoy de una técnica aislada, sino de una triangulación metodológica capaz de capturar la experiencia contemporánea. El potencial analítico surge cuando la precisión y pertinencia de los datos se someten a la profundidad de las narrativas situadas, permitiendo que la ciudad sea interpretada a partir de las acciones y decisiones que llevan a cabo sus habitantes. A continuación, se presenta una matriz analítica de las principales herramientas hoy empleadas para estudiar la ciudad (cuadro 2).

Cuadro 2. Matriz analítica: Instrumentos, aplicaciones y referentes teóricos para el análisis urbano

Instrumento de análisis	Descripción y función	Aplicación / Ejemplo	Relación con autores y teorías
Observación etnográfica	Inmersión para documentar rituales, rutinas y tácticas de apropiación del día a día.	Estudios de plazas públicas, mercados y recorridos de cuidado.	Michel de Certeau: "Artes de hacer" y la invención de lo cotidiano. Ágnes Heller: Sociología de lo fundamental. Sara Pink: Etnografía digital.
Sistemas de Información Geográfica (SIG)	Superposición de capas de datos para revelar correlaciones espaciales y desigualdades.	Visualización de exclusión en el acceso a bibliotecas o zonas verdes.	David Harvey y Saskia Sassen: Geografías de la desigualdad y segregación estructura.
Big Data y datos geoespaciales.	Análisis de la ciudad como flujo en tiempo real mediante GPS y transacciones.	Identificación de puntos de congestión y eficiencia del transporte (Google Maps).	Kitchin y Dodge: La ciudad como código y software que media la vida.
GeoAI (Inteligencia Artificial)	Uso de algoritmos predictivos para reconocer patrones complejos en el territorio.	Identificación de procesos de gentrificación mediante cambios en fachadas.	Henri Lefebvre: Análisis de la producción del espacio y lógicas de acumulación.
Simulaciones (Modelado de Agentes)	Creación de entornos virtuales para probar escenarios de políticas urbanas.	Escenarios de evacuación de barrios o impacto de peatonalización de calles.	Teoría del Habitar: El espacio entendido como el resultado de la interacción social. M. Batty: Urbanismo predictivo
Mapeo colectivo / Participativo	Recuperación del conocimiento situado de los ciudadanos sobre su territorio.	Identificación de necesidades de conectividad en las comunas de Medellín.	Kevin Lynch: Construcción de "mapas mentales" y la imagen de la ciudad (sendas, nodos y barrios).

Instrumento de análisis	Descripción y función	Aplicación / Ejemplo	Relación con autores y teorías
Investigación-acción / Urbanismo táctico	Ciclo de intervención (bajo coste) y reflexión con la comunidad.	Instalación de bancos o pintura de cruces para prototipar cambios.	Derecho a la Ciudad: Acción política y apropiación de lo común (Lefebvre/Harvey).
Sensores IoT (Internet de las Cosas)	Monitorización ambiental y de uso con granularidad sin precedentes.	Medición de calidad del aire, niveles de ruido e "islas de calor".	Ecología Política Urbana: La ciudad como ecosistema metabólico y vulnerable.
Síntesis metodológica (Híbrida)	Triangulación estratégica para capturar la complejidad urbana total.	Contrastar patrones de Big Data con narrativas de grupos focales.	Yi-Fu Tuan: Geografía humanista centrada en el "mundo vivido y sentido"

Fuente: Elaboración propia.

La vida cotidiana en las ciudades constituye desde esta perspectiva el tejido fundamental a partir del cual se produce y reproduce la dimensión social del espacio urbano. En tanto categoría analítica designa el ámbito donde las esferas pública y privada se articulan no como realidades preexistentes, sino como constructos permanentemente negociados en prácticas situadas. Esta perspectiva lleva a concebir lo cotidiano, no como mero soporte reproductivo de las estructuras macrosociales, sino como el terreno mismo donde dichas estructuras son reinterpretadas, resistidas y eventualmente transformadas por la agencia de los habitantes (Lim *et al.*, 2024).

Desarrollo analítico

La ciudad como escenario de la vida social

La comprensión de la ciudad contemporánea requiere ir más allá del plano y la materialidad construida para reconocer en la vida cotidiana el escenario fundamental donde lo social se gesta, se negocia y se transforma. En el ir y venir que anima las calles, lo público y lo privado se funden en un ejercicio incesante de negociación colectiva, revelando la ciudad como un tejido siempre en construcción.

Desde los inicios de la sociología, los estudiosos del fenómeno urbano detectaron una tensión entre el diseño frío de la ciudad y el uso que los habitantes hacen de ella. La Escuela de Chicago concibió a la ciudad como un “laboratorio social” y centró su atención en cómo el entorno urbano influye en las relaciones humanas, prestando atención a la vida del barrio y los procesos adaptativos.

El funcionalismo urbano, al erigirse sobre el supuesto del equilibrio sistémico, contribuyó a naturalizar fenómenos como la segregación socioespacial, obliterando así el carácter estructural de las desigualdades que produce y reproducen la ciudad. Estas no constituyen desviaciones accidentales, ni disfunciones susceptibles de corrección técnica, sino son la expresión espacial de relaciones de poder históricamente sedimentadas. Lejos de operar como un sistema autorregulado que tiende homeostáticamente al orden, la ciudad se revela como un campo de fuerzas donde confluyen y se inscriben en el territorio las tensiones históricas, los conflictos distributivos y las asimetrías económicas.

En la fase actual del capitalismo avanzado, las lógicas de acumulación, financiamiento y mercantilización del suelo condicionan profundamente no solo las posibilidades materiales de habitar, sino también las formas de experimentar, percibir y construir vínculos afectivos con el entorno. La experiencia cotidiana del espacio urbano, esto es, los modos en que los sujetos se desplazan, establecen y apropian del territorio o son excluidos de él, aparece mediada por estructuras de poder cuya opacidad no disminuye su eficacia al determinar, de manera diferencial, las geografías vividas (Adscheid, 2025).

Desde una perspectiva sistémica, la vida cotidiana constituye el plano de concreción de la dinámica urbana. Es, por tanto, en su trama donde las lógicas del capital y las brechas sociales abandonan su estatuto de categorías abstractas para desplegarse como fuerzas materiales que modelan el habitar de individuos y grupos de manera diferencial. Diversos estudios realizados en ciudades de países de ingresos medios y bajos evidencian que, allí donde prevalecen condiciones sociales desiguales, la esperanza de vida presenta variaciones sustanciales entre distintos sectores urbanos. Estas disparidades no constituyen un efecto colateral del crecimiento urbano, sino una consecuencia directa del sistema social y económico imperante. Lejos de ser un mero escenario donde se expresan desigualdades preexistentes, el entorno urbano actúa como un mecanismo reproductor que perpetúa y profundiza las asimetrías entre la población.

En este contexto, el espacio público y la esfera de lo cotidiano adquieren un papel central en la construcción de significados, la configuración de identidades y el despliegue de prácticas de resistencia. Frente a las abstracciones del urbanismo convencional, en las últimas décadas se ha observado un giro epistemológico de primer orden en el urbanismo: influido por la fenomenología y el post-estructuralismo. Estos movimientos reivindican la subjetividad, la experiencia vivida y los imaginarios colectivos como categorías fundamentales para la comprensión y reformulación del proyecto de la ciudad. El centro de gravedad del análisis se ha desplazado de la forma física y la perspectiva racionalista hacia la experiencia humana del habitar y la construcción de diálogos con la población, reconociendo en la cotidianidad el terreno donde la ciudad se produce y reproduce incesantemente.

Para De Certeau (1999), lo urbano adquiere sentido no en el espacio físico en sí -en el plano o en la materialidad de lo construido-, sino a través de las relaciones sociales que en él se despliegan. Desde esta perspectiva, la calle, las plazas o los mercados dejan de ser meros contenedores vacíos para convertirse en espacios vivos, investidos de significado mediante los ritmos sociales y las pequeñas tácticas de apropiación que los habitantes despliegan en su uso diario. Es precisamente esa rutina hecha de gestos mínimos y recorridos familiares, la que intensifica el vínculo con el entorno y transforma el habitar en un aprendizaje constante. La ciudad, así entendida, no se inventa por el diseño previo emanado de los despachos y dependencias municipales, sino en el barrio, en la calle, a través de quienes la transitan y la resignifican (De Certeau *et al.*, 1999). De ahí que el estudio de la vida urbana exija superar la separación analítica entre lo macro y lo micro: ambos niveles no solo se imbrican, sino que resultan mutuamente constitutivos.

La experiencia concreta del habitar -con sus rutinas, afectos y conflictos- se encuentra moldeada por marcos estructurales y múltiples desigualdades que encuentran expresión territorial, por ejemplo, en la distribución diferenciada de los niveles de ingreso o del capital educativo. Ahora bien, es precisamente en el plano de la cotidianidad donde los ciudadanos cuestionan, negocian o subvierten el orden establecido. De ahí que una agenda urbana crítica deba priorizar el cartografiado de estas geografías de lo vivido, asumiendo la ciudad en su doble naturaleza: como artefacto configurado por determinaciones políticas y económicas, pero también como tejido social que se rehace sin pausa a través de las interacciones y la capacidad de agencia de quienes la habitan.

La dialéctica urbana. Del capitalismo a la fenomenología de lo cotidiano

Si bien el estudio de la ciudad contemporánea requiere una mirada dual que permita analizar las fuerzas macroeconómicas que la moldean y las prácticas microscópicas que la dotan de sentido, comprender la dinámica urbana implica reconocer la ciudad como un sistema complejo en el cual confluyen, y a menudo colisionan, la planificación técnica, los procesos de reproducción del capital y las experiencias sensibles de sus habitantes.

Frente a las lógicas estructurales de poder y dominación espacial que atraviesan la ciudad contemporánea, resulta necesario recuperar al sujeto urbano como categoría analítica central. Este desplazamiento de la mirada permite explorar cómo dimensiones tales como la edad, el género y la corporalidad no constituyen meros atributos individuales, sino ejes estructurantes de la experiencia urbana que operan simultáneamente como elementos de resistencia y mecanismos de resignificación frente a la lógica hegemónica del mercado. Lejos de reducirse a marcadores de diferencia pasivamente inscritos en el territorio, estas categorías designan posiciones desde las cuales los habitantes participan o reconfiguran los órdenes espaciales impuestos. Así, el cuerpo envejecido que reclama su lugar en la ciudad hostil, la disidencia sexual que se apropia del espacio público o las geografías del cuidado que trazan las mujeres en sus recorridos cotidianos revelan formas de agencia que desafían la racionalidad abstracta del urbanismo neoliberal. La recuperación del sujeto urbano implica, en definitiva, un doble reconocimiento: primero, que la ciudad es posible única y exclusivamente por quienes la habitan; segundo, que la reproducción social de la vida —el trabajo invisible del cuidado, los vínculos vecinales, las rutinas de sostenimiento— constituye el ámbito de una micropolítica. Esta micropolítica, a menudo ignorada por el urbanismo hegemónico, solo resulta inteligible cuando se indaga a través de las geografías del cuidado (Burchiellaro, 2023; Cearreta- Innocenti, 2023).

El análisis estructural. La ciudad como producto del capital

La mirada crítica al urbanismo parte de una premisa fundamental, el espacio no es un escenario neutro. Como sostiene Lefebvre (2013), el espacio social constituye ante todo un producto político, atravesado por las contradicciones del modo de producción capitalista. En esta clave, la vida cotidiana se revela en su doble condición, es, simultáneamente, el terreno donde el capitalismo despliega sus lógicas de control y consumo, y el ámbito donde los sujetos adquieren y confirman su capacidad de agencia, abriendo grietas

en el sistema y ensayando formas de vida alternativas. La ciudad deviene así en un campo de batalla entre las determinaciones estructurales y las prácticas de resignificación que emergen desde la experiencia habitada.

David Harvey (2013) profundiza esta línea al concebir la urbanización como una solución espacial a las crisis periódicas de acumulación del capital. El capital requiere constantemente nuevos territorios para su expansión, pero paradójicamente, lucha por eliminar cualquier barrera física que obstaculice su circulación en un afán por acelerar los flujos que garanticen su reproducción. Desde este ángulo, la estructura de la ciudad contemporánea refleja las tensiones inherentes a un sistema que necesita fijar el espacio para, acto seguido, superar las rigideces que él mismo ha creado.

Esta concepción del espacio urbano como producto y condición de las dinámicas capitalistas ha sido enriquecida por diversas aproximaciones que iluminan sus dimensiones específicas. Saskia Sassen (1999) identifica en la emergencia de la “ciudad global” un nuevo régimen de polarización social, donde la concentración de funciones de comando económico genera simultáneamente procesos de marginalización y exclusión. En la actualidad, esta estructura global se ve mediada por lo que Michael Batty (2018) denomina una nueva ciencia de ciudades inteligentes, en la cual el flujo de datos y la computación redefinen la centralidad urbana y la eficiencia de los sistemas. Manuel Castells (1974), por su parte, concibe lo urbano como el escenario central para la reproducción de la fuerza de trabajo, proceso mediado por los mecanismos de consumo colectivo —vivienda, transporte, equipamientos— que el Estado gestiona en favor del capital. Finalmente, Pierre Bourdieu (2010) traslada el análisis al plano simbólico, argumentando que el espacio físico no es sino una objetivación del espacio social: en una sociedad jerarquizada, todo espacio está ordenado jerárquicamente y expresa, en su misma materialidad, las distancias y diferencias entre clases.

La escala humana. Su cotidianidad y agencia

Los enfoques centrados exclusivamente en las macroestructuras económicas y las decisiones políticas corren el riesgo de eclipsar la agencia de los individuos, reduciéndolos a sujetos pasivos, sin rostro, carentes de voluntad, simples usuarios destinados consumir y adaptarse a los espacios prefabricados. En la práctica, sin embargo, la vida citadina se configura de personas con anhelos e intereses que interactúan y hacen avanzar sus proyectos de vida. Como sostiene Heller (1987), la vida cotidiana constituye el ámbito de las actividades orientadas a la reproducción biográfica y social de los

individuos; es mediante estas prácticas, aparentemente menores, que se generan las condiciones para la continuidad y renovación de la sociedad en su conjunto. Esta perspectiva sitúa lo inmediato, lo cíclico y lo aparentemente insignificante como el sustrato fundamental sobre el que se asienta y reproduce la existencia social.

La vida urbana contemporánea se define en buena medida por una tensión entre dos lógicas espaciales antagónicas. De un lado, la proliferación de los “no-lugares” (Augé, 1993) espacios impersonales diseñados para funciones específicas, como el transporte, el consumo y el tránsito, donde el individuo circula en el anonimato, despojado de sus vínculos y memoria. Del otro, la persistencia de los lugares de anclaje, ámbitos de apropiación emocional y práctica que sostienen la identidad, la pertenencia grupal y la trama vecinal. Es en la resistencia y la adaptación a la lógica del no-lugar donde quienes ocupan las posiciones subalternas despliegan una dimensión profundamente performativa del habitar.

Esta vertiente de análisis remite a la reflexión de Heidegger (1994), para quien el “habitar” constituye la condición ontológica primordial del ser humano, no una función entre otras, sino el modo esencial en que este se apropia del mundo y preserva su existencia dentro de él. Desde esta perspectiva, las prácticas informales de apropiación del espacio como son, el puesto ambulante que interrumpe el flujo, la banca de espera del camión que deviene en punto de encuentro o el muro grafitado que se carga de memorias, pueden leerse como la realización concreta de ese imperativo vital. Es por tanto que frente a la abstracción del espacio concebido por los planificadores, emerge la densidad del espacio vivido, tejido cotidianamente por quienes, al habitarlo, lo rehacen.

Geografías de la subjetividad. Los sentidos, género y cuerpo

La experiencia urbana no se agota en la materialidad de lo construido, sino que se incide también en la geografía de los sentidos y los mapas mentales que los habitantes despliegan para orientarse y habitar. Kevin Lynch lo advierte tempranamente: “una imagen ambiental nítida es la base fundamental para el desarrollo individual” (Lynch, 2015), lo que sugiere que el peatón traza representaciones anímicas del territorio que difieren radicalmente de los planos técnicos con los que operan urbanistas y planificadores. Estos mapas cognitivos distan de ser esquemas neutros; se encuentran atravesados y fracturados por variables como la edad, el género, la cultura o la posición social, que modulan diferencialmente la experiencia del espacio.

Por otro parte la crítica feminista al urbanismo ha denunciado sistemáticamente esa falsa neutralidad del diseño urbano. Los trabajos del Col·lectiu Punt 6 (2018) evidencian cómo el paradigma tradicional de planificación, centrado en los flujos laborales asociados al sujeto masculino, ha invisibilizado sistemáticamente las necesidades de cuidado, seguridad y movilidad compleja que recaen mayoritariamente sobre las mujeres. Esta crítica encuentra continuidad en el análisis de Leslie Kern (2021), quien caracteriza a las ciudades modernas como “ciudades de hombres”, artefactos diseñados para facilitar los roles productivos tradicionales, sin considerar las experiencias cotidianas de quienes quedan fuera de ese sujeto hegemónico. La ciudad se revela, así como un espacio que no solo distribuye diferencialmente los recursos, sino también las posibilidades de habitar con seguridad, autonomía y dignidad.

A esta dimensión se suma una escala aún más elemental: la del territorio del cuerpo. Al respecto Richard Sennett (1997), en *Carne y piedra*, argumentaba que el desarrollo de la ciudad moderna refleja un régimen que ha ido excluyendo progresivamente al cuerpo, “temiéndole” y diseñando espacios que limitan la experiencia sensorial y la exposición física. Este orden restrictivo se ve constantemente desafiado por la capacidad de respuesta de los sujetos. Desde la microsociología, Erving Goffman (1979) muestra cómo los rituales cotidianos a través de gestos, distancias y miradas protegen el espacio personal en la esfera pública, revelando una competencia interactiva que escapa a las determinaciones estructurales. Esa capacidad de respuesta que Michel de Certeau (1999) denomina “táctica” o el ingenioso “arte del débil” que, desde una posición de desventaja, logra modificar las reglas del juego a pequeña escala. Esta sumatoria de pequeñas victorias cotidianas configura lo que James C. Scott (2000) llama “infrapolítica”, una resistencia silenciosa y sutil que opera desde los márgenes, moviéndose por debajo del umbral de detección del poder, erosionando persistentemente las pretensiones de control absoluto.

La ciudad, entonces, no es un objeto estático definido únicamente por los flujos del capital, sino más bien un organismo vivo que se recrea incessantemente en la escala de lo cotidiano. Aunque las estructuras imponen marcos de desigualdad que puedan habitar, la agencia individual y colectiva subvierte constantemente la lógica mercantilista, abriendo intersticios donde se ensayan formas alternativas de vida urbana. Por tanto, el reto del urbanismo del siglo XXI reside, precisamente, en integrar las subjetividades históricamente invisibilizadas, desplazando el foco desde una ciudad

diseñada para el flujo productivo, hacia una ciudad pensada para el sostenimiento de la vida en compañía de otros. Para que una ciudad pueda ser genuinamente diversa y democrática, es necesario primero aprender a leer su geografía de lo vivido. Sin esa lectura atenta, cualquier derecho urbano proclamado corre el riesgo de vaciarse de efectividad concreta.

Mediatización de comportamientos urbanos. La publicidad y las redes sociales

El funcionamiento de las ciudades contemporáneas está cambiando por completo. Como señalan Ash *et al* (2018) y Kitchin (2014) ya no se trata solo de actividades en edificios, calles y plazas, sino de cómo la cultura digital y los medios de comunicación masivos se mezclan con el entorno físico transformando las formas de interacción social. Este fenómeno reorienta la discusión hacia el concepto de “aldeas urbanas” (urban villagers), acuñado por Herbert Gans (1962) para cuestionar el supuesto -heredado de la Escuela de Chicago- de que la ciudad moderna disuelve inevitablemente los vínculos primarios.

El enclave étnico o de clase trabajadora no constituye, en esta perspectiva, un vestigio anacrónico del pasado rural, sino una estructura social plenamente urbana donde el grupo y el control social informal operan como el núcleo de la experiencia cotidiana. La vigencia de esta visión reside, fundamentalmente, en su escepticismo frente al determinismo ecológico. Para Gans (1962), la aldea urbana no es una simple manifestación de la herencia cultural de sus habitantes, sino una respuesta adaptativa y pragmática. Los lazos de solidaridad y la vida vecinal localizada emergen como mecanismos de defensa y organización frente a un entorno exterior -el mercado laboral, la burocracia estatal o la presión gentrificadora- que suele percibirse como hostil o inaccesible. En este sentido, la cohesión comunitaria funciona como una forma de capital social que compensa las limitaciones de movilidad y recursos dentro de la estructura urbana global. En el contexto de la mediatización digital, este “refugio” físico se ve profundamente alterado por la lógica del algoritmo. Lo que otrora funcionaba como un ámbito de relativa autonomía frente a las dinámicas exteriores, un espacio de cohesión y resistencia pragmática se convierte ahora en un nodo más dentro de redes de datos que conectan lo local con flujos globales de consumo, información y vigilancia. El barrio ya no es solo un territorio vivido, sino también un perfil geolocalizado sujeto a clasificaciones, valoraciones y recomendaciones algorítmicas que escapan al control de sus habitantes. Esta “ciudad de datos”, como advierte Kitchin (2014), puede profundizar la marginalidad si la

gobernanza tecnológica ignora las prácticas vividas, convirtiendo la gestión algorítmica en una nueva capa de control macroestructural.

Frente a esta visión, Jane Jacobs (2020) nos aporta una perspectiva complementaria pero críticamente distinta, centrada en la visibilidad y la seguridad. Para Jacobs, la salud de la comunidad depende de los “ojos en la calle” y de la complejidad y diversidad de usos del espacio. En la era de las redes sociales, sin embargo, esos “ojos” se han desplazado parcialmente hacia formas de vigilancia digital, donde algoritmos de recomendación y los bots, deciden qué información se muestra al usuario sin intervención humana directa. La publicidad y las plataformas como Instagram no solo capturan la estética de los barrios que Jacobs defendía, sino que los “venden” como productos de consumo, acelerando procesos de gentrificación ahí donde la interacción espontánea es sustituida por la actuación digital. Como bien señala Davis (2022), la ciudad contemporánea se ha transformado en un escenario para la mercancía, donde la “ecología del miedo” y el control tecnológico, propio de las ciudades inteligentes, sirven como coartada para la expulsión social de quienes no encajan en los circuitos del capital.

Castells (2012) eleva esta discusión al plano de la “sociedad red” planteando la tensión constitutiva entre el “espacio de los lugares” (la aldea urbana física de Gans) y el “espacio de los flujos” (la comunidad digital desterritorializada). De esta manera la mediatización de los comportamientos urbanos ocurre en la intersección de ambos. La publicidad segmentada y las redes sociales permiten que el habitante esté físicamente en su barrio, pero mental y económicamente conectado a flujos globales de consumo. Esta condición sugiere que la cohesión comunitaria, que Gans (1962) atribuía a una adaptación pragmática a las limitaciones del entorno, se convierta hoy en una adaptación híbrida, el vecino ya no se ajusta únicamente a las restricciones de su entorno físico, sino que utiliza la red para ampliar su capital social, a la vez que su comportamiento en el espacio público se ve modulado por narrativas mediáticas que definen qué zonas de la ciudad son “tendencia” o, por el contrario, deben ser evitadas.

Hoy, la publicidad exterior y las redes sociales operan como fuerzas de cambio que trascienden su función informativa para adquirir la capacidad de estructurar perceptual y simbólicamente el entorno, consolidándose como una auténtica “arquitectura del deseo”. Esta arquitectura despliega una red de signos que envuelve la ciudad, convirtiendo el espacio público en un altavoz del mercado. No se trata únicamente de que haya más publicidad en las calles, sino de que el espacio urbano ha sido colonizado por lo que

podríamos denominar “hitos de consumo” a muy distintas escalas. Desde los grandes centros comerciales y las plazas —otrora ámbitos de encuentro ciudadano, hoy escaparates del consumo— hasta las formas más capilares y sigilosas de publicidad callejera —esa que se adhiere a las marquesinas, se disfraza de mobiliario urbano o convierte el paseo cotidiano en un desfile comercial inevitable—, todo el tejido urbano se ha visto sometido a esta lógica. La obsesión por colonizar cada metro cuadrado del espacio ha terminado por convertir el simple caminar en un fenómeno comercial que se renueva continuamente. Ya no se camina por la ciudad: se consume lo que en ella se ofrece. Las pantallas LED que inundan las calles, las paradas de autobús interactivas, los tótems digitales no solo emiten anuncios, sino que acaparan la atención del caminante a cada paso, imponiéndole una estética del éxito material que termina por asfixiar cualquier función cívica.

En última instancia, los barrios residenciales están dejando de ser espacios de convivencia para transformarse en escenarios de prestigio visual. Se ejerce así una presión que atrapa al ciudadano entre la precariedad de su realidad socioeconómica y el espejismo de un consumo sin límite que le bombardea desde cada esquina. Esta circunstancia se ve agravada por las redes sociales y su lógica de exhibición constante, por tanto ya no basta con vivir en un barrio, es necesario representarlo. La vida privada se ha venido desplazando hacia el espectáculo, convirtiendo la cotidianidad en una mercancía más que debe obtener su visto bueno en el escaparate digital. Se cierra así un círculo donde el espacio público y la intimidad han quedado subordinados al mercado.

En el contexto de la ciudad aumentada, aquella donde una densa capa digital de información se superpone a la realidad física, la visibilidad y la inclusión en el espacio urbano no dependen únicamente de su forma material, sino también de la infraestructura tecnológica disponible y de quién controla sus narrativas digitales (Lindsay, 2023). En este nuevo régimen visual, enclaves como el Barrio del Almendral en la ciudad de Jaén (España), el barrio de Negen Straatjes en el centro de Ámsterdam y el barrio londinense de Shoreditch se erigen en puntos de interés, no tanto por su valor histórico o patrimonial, sino por su fotogenia (Despard, 2018). Esta dinámica conduce a una doble consecuencia, por un lado, la homogeneización de las prácticas de ocio en torno a clichés visuales; por otro, la exclusión de aquellas realidades sociales consideradas menos “instagrameables” (Burgess y Green, 2018).

Si bien las plataformas digitales han venido a facilitar la organización de micropolíticas y acciones locales efímeras (Castells, 2012), también

están fomentando una segregación algorítmica de la experiencia urbana. Los algoritmos en la práctica suelen crear burbujas de filtro que refuerzan las preferencias espaciales preexistentes y generan microsegregaciones invisibles (Pariser, 2017). En consecuencia, herramientas como TikTok o Google Maps no se limitan a reflejar la ciudad, sino que la producen activamente. Al canalizar flujos de personas, influyen en la valoración inmobiliaria mediante la geolocalización y a través del mapeo invisible del deseo digital trazan nuevas geografías de inclusión y exclusión (Zook y Graham, 2007).

Aspectos en discusión

El giro humanista y la reconceptualización del espacio urbano

Con base en lo expuesto podemos afirmar que la geografía urbana contemporánea ha experimentado un giro epistemológico al integrar las perspectivas humanistas y del comportamiento como ejes fundamentales de su análisis integral. Este desplazamiento no es meramente metodológico, sino que constituye un marco estratégico para comprender las ciudades más allá del plano y de su apariencia material. Las urbes del siglo XXI requieren ser interpretadas como un fenómeno dinámico que opera más allá de la acumulación de capital y que sirve en última instancia a un proceso social activo y subjetivo en constante construcción.

Este giro humanista tiene sus raíces en la obra de Yi-Fu Tuan (2007), cuyo planteamiento ha llevado a la expansión radical de los límites del estudio geográfico. Para Tuan, la disciplina no podía quedar confinada al análisis técnico del soporte físico del planeta; por el contrario, debía centrarse en el examen del mundo vivido, esto es, en cómo el espacio es percibido, experimentado y dotado de significado por las personas en su vida cotidiana. Bajo esta premisa, el espacio deja de ser una coordenada neutra para convertirse en una construcción cargada de sentido. Es aquí donde el concepto de *topofilia* adquiere su plena potencia analítica, permitiendo entender que el vínculo entre el habitante y el entorno es, ante todo, una relación afectiva y cognitiva que contribuye a moldear la estructura urbana tanto como las determinaciones económicas o funcionales de la ciudad. Sin embargo, en el contexto actual, ese vínculo emocional se ha vuelto mucho más complejo. Como sugiere Pink (2023), hoy habitamos una “atmósfera digital” donde lo sensorial y lo tecnológico se entrelazan; ya no solo sentimos la plaza por su sombra o sus bancos, sino por la conectividad y las capas de información

que proyectamos sobre ella. Es lo que Rose (2022) describe como una mirada post-digital: nuestra percepción del barrio está hoy inevitablemente filtrada por las imágenes y narrativas que consumimos y producimos en red.

El estudio de las ciudades contemporáneas ha abandonado las cartografías estáticas de las morfologías y las variables centradas exclusivamente en la economía. En su lugar aspectos como la percepción, la cognición y el comportamiento espacial se consideran factores relevantes en la configuración del tejido urbano. Al adoptar este marco teórico, el objeto de estudio se ha desplazado desde un análisis monotemático y descriptivo hacia una visión que concibe el espacio como una realidad multidimensional y relacional. Desde esta óptica, el espacio deja de ser un mero contenedor pasivo o un escenario neutral sobre el que tiene lugar la acción humana, para convertirse en un producto social activo, generado y transformado continuamente por un entramado de interacciones complejas. Estas relaciones no son producto del azar, sino que están atravesadas por tensiones de poder y por la convivencia, no siempre armónica, entre diversos actores sociales.

En este sentido, la idea de Doreen Massey cobra una vigencia casi profética al proponer una conceptualización del espacio como “la esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad [...] la esfera en la que coexisten distintas trayectorias, lo que permite la existencia de más de una voz” (Massey, 2005). Al estudiar el espacio como una “reunión de trayectorias”, la autora rompe con cualquier interpretación estática del entorno urbano y revela la ciudad contemporánea como un proyecto que nunca se presenta como acabado, sino como una construcción colectiva cuya esencia reside en su heterogeneidad y en su capacidad para contener la diversidad. Desde esta perspectiva, un elemento urbano tan aparentemente sencillo como la calle no puede reducirse a ser analizado como infraestructura material (aceras, calzada, alumbrado) dado que su verdadera esencia reside en ser el escenario dinámico donde convergen, se superponen y, en ocasiones, colisionan múltiples trayectorias -geográficas, sociales, vitales- de quienes la habitan y transitan. Es esa suma constante de encuentros, conflictos, rituales y movimientos donde cada calle adquiere un carácter único en constante redefinición. Si Massey veía la calle como un choque de historias vitales, Mattern (2021) añade que esas historias hoy dejan un rastro de datos. La calle es, por tanto, un palimpsesto donde se superponen la infraestructura material y la digital, obligándonos a repensar la identidad urbana como algo que nunca está terminado, sino que se renegocia en cada encuentro, ya sea físico o mediado por una pantalla.

En la era global, la naturaleza relacional del espacio, en la que los lugares se definen por sus conexiones e intercambios con el exterior, convive y se tensa con la persistencia del ámbito local como núcleo fundamental de la identidad, la memoria y la vida comunitaria. Frente a las presiones homogeneizadoras que emanan del neocapitalismo global, el barrio emerge como una unidad territorial de significado y resistencia cultural, un espacio donde se preservan y negocian las prácticas sociales diarias. Es en esa tensión donde la lucha por el "derecho a la ciudad" (Lefebvre, 2017) encuentra su expresión material más concreta, la defensa colectiva de la apropiación de los lugares que sustentan la vida cotidiana -la plaza, el mercado, el centro social- frente a procesos de mercantilización extrema y de gentrificación que desplazan a la población original. Sin embargo, en la actualidad, el desafío ha cambiado de bando. Si David Harvey (2008) ponía el foco en el control colectivo de la urbanización frente al capital inmobiliario, hoy debemos sumar la lucha contra la "plataformización" que analiza Agnieszka Leszczynski (2020). El peligro actual no es solo que nos expulsen de un barrio por una subida del alquiler, sino que el barrio mismo sea "secuestrado" por algoritmos que deciden su valor en función de su fotogenia o su rentabilidad turística. Defender la plaza hoy implica también defender nuestra autonomía frente a un código invisible que decide qué partes de la ciudad merecen existir en el mapa del deseo digital y cuáles deben quedar relegadas a la invisibilidad.

La ciudad híbrida. Entre el código y el metabolismo

La ciudad contemporánea es un ente bio-geográfico y tecnológico, complejo y en permanente transformación. Lo social y lo técnico se han fundido de tal manera que los sistemas digitales dictan hoy las formas de interactuar, moverse, trabajar, consumir y ser controlados. En este contexto, el hablar de ciudades inteligentes o sensorizadas no se refiere únicamente a una gestión más eficiente apoyada en tecnologías telemáticas, sino a la emergencia de nuevas estructuras de poder y toma de decisiones que operan a través de enormes cantidades de datos. Como resultado de ello los algoritmos han dejado de ser meras herramientas de gestión para convertirse en los nuevos arquitectos que moldean la realidad material y social (Kitchin y Dodge, 2011). Este proceso genera lo que estos autores conceptualizan como "código-espacio", nueva condición en la que la existencia y funcionalidad del entorno dependen fundamentalmente del uso de códigos informáticos. En este régimen, los mecanismos de control y vigilancia devienen ubicuos y automatizados, operando a través del flujo, análisis y aplicación continua

de información precisa en tiempo real. Esta infraestructura digital y algorítmica no sólo monitoriza la ciudad, sino que reconfigura activamente las condiciones de posibilidad de la experiencia urbana, definiendo formas de acceso, patrones de movimiento y muchos de los límites de la acción social dentro del tejido urbano.

Paralelamente, frente a la agudización de la crisis climática y la degradación de los sistemas de soporte vital, emerge una reconceptualización de lo urbano como ecosistema metabólico. Esta perspectiva, fundamentada en la ecología política urbana, desarticula la dicotomía tradicional entre naturaleza y sociedad. De acuerdo con Heynen, Kaika y Swyngedouw (2006), los procesos urbanos son fundamentalmente procesos socioambientales; la vulnerabilidad de las ciudades no constituye un accidente geográfico, sino el resultado de flujos de capital y recursos que distribuyen desigualmente los riesgos y los beneficios. La ciudad aparece como un entramado desafiante donde la acumulación de riqueza y la exposición a peligros ambientales se condicionan mutuamente, produciendo paisajes urbanos profundamente desiguales desde el punto de vista ecológico.

La ciudad actual es, pues, un híbrido donde convergen la infraestructura digital y el metabolismo biofísico. Su gestión demanda una planificación urbana que no solo aspire a la resiliencia técnica, sino que además sitúe la justicia ambiental en el centro de la praxis urbana. Solo a través de este reconocimiento de la bio-interdependencia, es decir de la inextricable vinculación entre lo social, lo técnico y lo ecológico, será posible transitar hacia modelos de habitabilidad que garanticen la sostenibilidad de los centros urbanos frente a los desafíos del Antropoceno.

Conclusiones

La ciudad contemporánea es un entramado dinámico y dialéctico donde convergen las lógicas del capital, las estructuras de poder y los marcos normativos de la planificación institucional. Si bien la geografía urbana tradicional y las ciencias sociales han tendido a priorizar el estudio de estos flujos macroestructurales, este artículo afirma que la esencia del fenómeno urbano no puede aprehenderse únicamente, y dada su complejidad, desde la abstracción cartográfica o el funcionalismo económico. Frente a la “ciudad concebida” por las posiciones tecnócratas y eficientistas emerge la “ciudad vivida”, un espacio de representación donde el habitante deja de ser un usuario pasivo para convertirse en el productor activo de su territorio.

Esta cartografía alternativa visibiliza las micropolíticas de lo cotidiano, esos vínculos afectivos, redes de ayuda mutua y tácticas de apropiación que desafían la rigidez del ordenamiento institucional y que dan solución en el día a día a la vida de las personas. Al distanciarse de la ortodoxia urbanística, se recupera la mirada sobre los procesos de subjetivación y las estrategias de resistencia que permiten que la ciudad, a pesar de las presiones de la gentrificación y la segregación, siga siendo un espacio de encuentro, alteridad y construcción social.

La ciudad como proceso. Entre el derecho colectivo y la experiencia vivida

Para la gente común, la ciudad no es un mero escenario donde transcurre la vida, sino un espacio vital de reproducción social. Lejos de constituir una experiencia pasiva, la vivencia ciudadana se articula a través de lo que David Harvey (2008) denomina la democratización del control sobre el excedente urbano. Desde esta perspectiva, el “derecho a la ciudad” trasciende la facultad de acceder a los recursos y servicios que esta ofrece lo cual implica, fundamentalmente, el poder de transformar el espacio y, en ese mismo proceso, modificar patrones de comportamiento mediante una apropiación política que prioriza el valor de uso frente a la lógica de acumulación.

Este ejercicio de soberanía entronca con la noción de “Tercer Espacio” de Edward Soja (2010), donde la ciudad deja de ser un lugar físico (primer espacio) o una representación mental (segundo espacio) para convertirse en un espacio vivido, un territorio de resistencia donde lo subjetivo y lo material se funden. Es aquí donde cobran sentido las “tácticas” de Michel de Certeau (1999) y ese arte de habitar con lo que se tiene a mano, como también la observación de Jane Jacobs (2020) sobre la complejidad organizada de las calles. La seguridad y la cohesión no dependen de la planificación sino de lo que Jacobs denomina el “ballet de la acera”, una densa red de interacciones espontáneas y “ojos vigilantes” que convierten el espacio público en un cuerpo vivo. Como sugeriría Lefebvre (2013), es en esta producción del espacio donde la vigilancia vecinal y las tácticas cotidianas subvierten las estrategias de control, y donde la cotidianidad deja de ser una rutina impuesta para convertirse en un acto de resistencia creativa, devolviendo a la ciudad su carácter de obra colectiva y escenario de emancipación.

La experiencia urbana que se concreta en trayectos como el viaje diario al trabajo, a la escuela o el mercado, a menudo largos y gravosos para los habitantes de la periferia, representa no solo un movimiento geográfico, sino

una coreografía de interacciones necesarias, esperas y microdecisiones que configuran el sentido de pertenencia a un colectivo y el uso del tiempo en compañía de otros. Es por tanto que la gestión del tiempo-espacio en las interacciones cotidianas establece los parámetros “naturalizados” del vivir urbano. A este nivel, el barrio opera como un refugio afectivo que, frente a la anonimización y la fragmentación de la gran ciudad globalizada, emerge como el espacio propicio para la experiencia relacional. El conocimiento mutuo, sea en la tienda, la parada del autobús, el parque o la plaza, constituye el capital social esencial que permite a las personas sentirse custodiadas, seguras y formar parte de una comunidad. De ahí la importancia de los procesos de socialización que las teorías de la macroescala suelen pasar por alto.

Las fuerzas del mercado y las respuestas cotidianas

Entre las principales fuerzas que despliega el neocapitalismo en las ciudades se encuentran la gentrificación, la precarización laboral y la mercantilización del espacio público, frente a ellas la respuesta de la gente común se manifiesta en estrategias de adaptación y reapropiación de lo común que adoptan formas diversas como la resignificación de los espacios públicos, lo cual nos recuerda que es la gente quien los resignifica, a través de usos no programados como sucede en el rincón de la calle que acoge un mercado ambulante o la acera poco transitada que motiva un juego infantil. Dichas prácticas son, por debajo de la ciudad oficial, las verdaderas posibilidades de interacción y cohesión social de la vida citadina. Como han señalado Batty (2018) y Kitchin (2014), aunque los flujos de datos intenten predecir y controlar estos movimientos, la impredecibilidad de lo cotidiano sigue siendo la mayor grieta del sistema.

Por otro lado, se debe considerar la invisible carga mental que el neocapitalismo impone dado el ritmo de rendimiento constante y la exigencia de estar siempre “dispuesto” y “enérgico” para el sistema y que invisibiliza las condiciones estructurales que generan estrés, cansancio y precarización entre la población que labora. La supervivencia cotidiana implica así un trabajo mental permanente para “sobrellevar las exigencias” del sistema, una dimensión ineludible de la experiencia urbana contemporánea que rara vez es considerada por los enfoques convencionales.

Hacia una epistemología de lo vivido

La tesis fundamental de este trabajo es que las ciudades no solo se miden y planifican, sino que, sobre todo, se viven, se sienten y se narran. Frente a

la visión preponderante del urbanismo que prioriza flujos, datos y formas físicas, se alza la realidad ineludible de las sensibilidades ciudadanas, el conjunto de percepciones, emociones, hábitos y significados que los habitantes, sea individual o colectivamente, tejen cotidianamente en su entorno. Tales experiencias son constitutivas de la vida urbana pero su naturaleza, profundamente subjetiva y cualitativa, las ha mantenido históricamente al margen del análisis científico, el cual, guiado por criterios de objetividad, suele reducir lo complejo a cifras y lo vivo a simples categorías.

Este reconocimiento de la vida cotidiana no pretende ser una mera anécdota sociológica, sino impulsar un cambio de paradigma epistemológico en el urbanismo del siglo xxi. Para ello, es necesario aceptar que la “verdad” de una calle no reside únicamente en su anchura, dotación de mobiliarios o sus aforos, sino en los sucesos y recuerdos que evoca, en la sensación de seguridad o pertenencia que genera, en las microhistorias que en ella continuamente se desarrollan. Por este motivo, aspectos como los afectos y la memoria resultan cruciales, la ciudad está cargada de múltiples significados. Los olores propios de cada barrio, la luz al atardecer en una calle concreta, el recuerdo de un evento individual o comunitario le definen y hacen formar parte de la identidad cultural de manera mucho más profunda que cualquier análisis de zonificación.

La habitabilidad de una ciudad no se mide únicamente en sus indicadores sino en la cohesión de su gente. El ruido y el silencio que acompaña la convivencia inciden en la calidad de vida tanto como la contaminación atmosférica o el acceso a la luz y a espacios verdes. Estos elementos, a menudo relegados a un segundo plano por la planificación técnica, funcionan como indicadores que determinan si la ciudad garantiza o destruye el espacio habitable. Estudiar la ciudad contemporánea desde la cotidianidad exige, por tanto, romper epistemológicamente con las abstracciones del urbanismo funcional; implica descender de lo teórico para reconocer que el acto de habitar es, esencialmente, una práctica social cargada de significados y subjetividad. En este escenario, la ciudad se manifiesta como un palimpsesto en constante reescritura, donde las estructuras de poder y el capital se ven obligadas a renegociar sus límites en la esfera de lo microsocioal.

La ciudad mediatizada. Nuevas capas de complejidad

Un desafío crítico de la ciencia urbana contemporánea es descifrar cómo las lógicas de hipervisibilidad y consumo, amplificadas por la publicidad, el ecosistema digital y las redes sociales, se introducen en la intimidad de los

barrios, alterando las identidades y desplazando los modos de vida tradicionales. La geografía urbana requiere abandonar la pretendida neutralidad del mapa para adentrarse en la ambivalencia y multidimensionalidad de la plaza y la calle. Es en ese encuentro directo, contradictorio y desordenado, donde los estudios urbanos pueden trascender lo numérico y captar el verdadero pulso humano de una ciudad que se resiste a ser solo una mercancía.

Este descenso a la calle obliga a reconocer una nueva capa de complejidad, la ciudad ya no se habita solo físicamente, sino que se consume como interfaz digital, como sugieren Rose (2022) y Pink (2023). Las lógicas de visibilidad impulsadas por plataformas dan lugar a una “estetificación” de los espacios urbanos, donde ciertos lugares son rediseñados, ya sea por el mercado o por los propios usuarios, para cumplir con estándares globales de fotogenia y con mayores beneficios. Este fenómeno, que algunos geógrafos denominan “instagramabilidad” del espacio, ha venido a modificar los flujos tradicionales, así la plaza o el parque dejan de ser lugares de encuentro espontáneo para convertirse en un set de producción de identidad personal.

La transformación digital del entorno urbano no es inocua, profundiza los procesos de segregación y gentrificación, desplaza los usos vecinales tradicionales en favor de estéticas de consumo estandarizadas que seleccionan, deliberadamente, las partes de la ciudad que merecen ser vistas por todos. Lo microsocial se ve así colonizado por una narrativa global que dicta qué barrios serán visibles y cuáles permanecerán en la sombra informativa. Por este motivo es necesario interrogarse sobre cómo las redes no solo median la percepción, sino que reescriben materialmente la geografía de la ciudad, generando una hibridación entre el espacio físico y el flujo de datos que redefinen lo que significa cada lugar.

La ciudad como disputa y promesa

Entender la ciudad contemporánea exige dejar de verla como un conjunto de flujos estandarizados para empezar a concebirla como un espacio de interacción en disputa, donde la verdadera planificación no ocurre únicamente en los despachos, sino en la capacidad colectiva de transformar la urbe en un lugar donde sea posible la vida. La vida urbana se revela por tanto en la negociación constante entre las fuerzas homogeneizadoras del sistema y las estrategias creativas de los habitantes por hacer de su lugar una esfera de significado, comunidad y resistencia silenciosa.

Como señala David Harvey “la cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede separarse de la cuestión de qué tipo de personas queremos ser,

qué tipo de relaciones sociales busquemos, qué relación con la naturaleza mantenemos, qué estilo de vida deseamos o qué valores estéticos tenemos” (Harvey, 2013). Es en esa tensión perpetua, en el intersticio entre la imposición de un modelo y su reapropiación íntima, donde se forja el verdadero carácter de la ciudad contemporánea, no como un artefacto terminado, sino como un proceso social, un acto colectivo de tenacidad y significado que se renueva con cada paso en la calle.

Para quien investiga el fenómeno urbano, la calle no es un objeto de estudio estático y neutro, sino un laboratorio vivo. El habitante no es un sujeto sumiso que acata las directrices del neocapitalismo urbano, sino un agente que interpreta, sortea y, a menudo, subvierte las lógicas del sistema mediante microresistencias cotidianas. Estas prácticas anónimas moldean la morfología real de la ciudad y revelan que el espacio urbano es, ante todo, un territorio de tensión y creación colectiva. Asumirlo es el primer paso para que el urbanismo futuro se sitúe, por fin, a la altura de la complejidad de la vida urbana.

En última instancia, entender la ciudad a través de lo cotidiano es aceptar que la vida siempre desborda a la teoría. La calle funciona como un palimpsesto que nunca deja de reescribirse, donde la autoridad se ve forzada a ceder ante la fuerza de lo vivido. Si la metodología propuesta no abraza esta hibridación —entre lo que vemos, lo que navegamos y lo que recordamos—, será imposible comprender el fenómeno urbano en su totalidad. Es hora de devolverle el protagonismo a sus dueños: a esas personas que, con sus rutinas y sus pasos, construyen esa red invisible de afectos que mantiene viva a la ciudad.

Referencias

- Adscheid, T. (2025). Who can afford to be human? Struggling for affordable housing in East London. *International Journal of Urban and Regional Research*, (49). <https://doi.org/10.1111/1468-2427.13304>
- Ash, J., Kitchin, R. y Leszczynski, A. (2018). *Digital Geographies*. Sage.
- Augé, M. (1993). *Los no lugares: Espacios del anonimato*. Gedisa.
- Baresi, U. (2025). Neo-colonial intelligence: How AI risks reinforcing spatial injustices in a digitally divided world. *Cities*, 166, Artículo 106232. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2025.106232>
- Batty, M. (2018). *Inventing Future Cities*. MIT Press.
- Brand, P. y Dávila, J. D. (2011). Aerial cable-car systems for public transport in low-income urban areas: Lessons from Medellín, Colombia. En *Proceedings of the 12th N-AERUS Conference*.
- Birefale, L., Brandano, M.G., Crociata, A. y Melo, H.P.M. (2024). The spatial dimensions of cultural consumption: how distance influences consumption levels in a spatial setting. *Journal of Cultural Economics*, 48(4), 499–525. <https://doi.org/10.1007/s10824-024-09506-0>
- Bourdieu, P. (2010). *Efectos de lugar. La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Burchiellaro, O. (2023). *The gentrification of queer activism: Diversity politics and the promise of inclusion in London*. Bristol University Press.
- Burgess, J. y Green, J. (2018). *YouTube: Online video and participatory culture* (2ª ed.). Polity Press.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Siglo XXI.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza: Los movimientos sociales en la era de Internet*. Alianza Editorial
- Cearreta-Innocenti, T. (2023). Life at the margins: Women's everyday practices as resistance in a working-class neighbourhood in Barcelona. En H. Gülen, K. Gregorič Bon, N. Font-Casaseca, y J. J. S. Perng (Eds.), *At the Frontiers of Everyday Life: New Research in Cramped Spaces* (pp. 157-181). Springer.
- Collectiu Punt 6 (2018). *Urbanismo feminista: Por una transformación radical de los espacios de vida*. Virus Editorial.
- Davis, M. (2022). *Ecología del miedo: Los Ángeles y la imaginación del desastre*. Capitán Swing.
- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano 1: Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.

- De Certeau, M., Giard, L. y Mayol, P. (1999). *La invención de lo cotidiano 2: Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana.
- Despard, E. (2018). Photogenic urban landscapes: Towards an intermedial framework for landscape criticism in the age of social media. *Architecture_MPS*, 14(4), 1-21. <https://doi.org/10.14324/111.444.amps.2018v14i4.001>
- Gans, H. J. (1962). *The urban villagers: Group and class in the life of Italian-Americans*. Free Press
- Goffman, E. (1979). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Alianza Editorial.
- Harvey, D. (2008). *El derecho a la ciudad*. New Left Review, (53), 23-39. <http://doi.org/10.64590/fmh>
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Heidegger, M. (1994). *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal.
- Heller, Á. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Ediciones Península.
- Heynen, N., Kaika, M. y Swyngedouw, E. (Eds.). (2006). *Cities: Urban political ecology and the politics of urban metabolism*. Routledge.
- Jacobs, J. (2020). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing.
- Kern, L. (2021). *Ciudad feminista: La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres*. Txalaparta.
- Kitchin, R. (2014). *The Data Revolution: Big Data, Open Data, Data Infrastructures and Their Consequences*. Sage.
- Kitchin, R. y Dodge, M. (2011). *Code/space: Software and everyday life*. MIT Press.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Lefebvre, H. (2017). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing.
- Leszczynski, A. (2019). Digital methods II: Digital platforms and urban life. *Progress in Human Geography*, 43(6), 589-601. <https://doi.org/10.1177/0309132518787997>
- Lim, J. H. M., Paidakaki, A., y Van den Broeck, P. (2024). Dissecting the multiplicity of urban resistance: The Dakota Crescent housing redevelopment in Singapore. *Cities*, 155, 105509.
- Lindsay, G. (2023). *Big Box: The Architecture of Consumption*. Strelka Press.
- Lynch, K. (2015). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili.
- Massey, D. (2005). *For space*. Sage
- Mattern, S. (2021). *A City Is Not a Computer: Other Urban Intelligences*. Princeton University Press

- Mlejnek, M. y Lütke, P. (2023). The interweaving of everyday and structural perspectives: Exploring suburban struggles of everyday life. *Urban Planning*, 8(4), 301-312
- Pariser, E. (2017). *El filtro burbuja: Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*. Taurus
- Pink, S. (2023). *Sensory Ethnography* (3ª ed.). Sage.
- Rose, G. (2022). *Visual Methodologies: An Introduction to Researching with Visual Materials* (5ª ed.). Sage.
- Sassen, S. (1999). *La ciudad global*. Eudeba.
- Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ediciones Era.
- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza Editorial.
- Soja, E. W. (2010). *Tercer espacio*. Akal
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia: un estudio sobre percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Melusina
- Zook, M. A. y Graham, M. (2007). The creative reconstruction of the Internet: Google and the privatization of cyberspace and DigiPlace. *Geoforum*, 38(6), pp. 1322-1343. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2007.05.004>